

David pierde una partida de “Fort Brawl”
y despierta en un cuarto que no reconoce.

Laura recorre las calles de un mundo alternativo
en el que sus propios padres no la recuerdan.

Mads confronta revelaciones que no está listo para
aceptar. Teo descubre poderes increíbles, y los usa
por las razones equivocadas.

Enfrentados al prospecto de que su realidad podría
no ser lo que parece, los cuatro niños lucharán a
uñas y dientes por su libertad, y descubrirán juntos
qué los hace humanos en un mundo de máquinas.

LA CIUDAD EN EL VIENTO

Nicolás Barrera

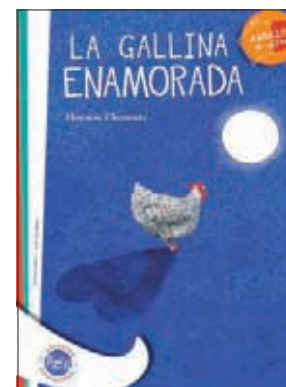
ABRAZO
DE LETRAS

Ilustraciones > Iñaki Echeverría



ÍNDICE

1. Despertar
2. El Otro Lado
3. Poder Verdadero
4. Confrontación
5. Jus in Bello
6. Salto de Fe
7. Jaque
8. Arriba
9. Naturaleza Humana
10. El Nombre



Capítulo 1

* * *

DESPERTAR

Un grito, luego un disparo, y, finalmente, el sonido de un cuerpo que golpeaba el suelo con violencia. Por reflejo, se pegó aún más al árbol sobre el que se apoyaba, en un esfuerzo inconsciente por fusionarse con la corteza y desaparecer del lugar; sus manos, bañadas en sudor, aferraban desesperadamente la empuñadura del arma, sin cargador y con una sola bala en recámara.

—¡Sal de ahí! —exclamó una voz cargada de ironía—. ¡Vamos, donde quiera que estés!

Con el corazón en la garganta, analizó sus posibilidades. Podía honrar el pedido de su adversario y enfrentar el fin con la frente en alto: si iba a sobrevivir, tenía que matarlo, y, para matarlo, bastaría una bala. La alternativa era esperar la llegada de potenciales terceros que lo hiciesen por él o, al menos, generasen una distracción que le permitiese escapar; no era imposible, pero requería tener a la suerte de su lado.

Lo cierto es que, a sus catorce años, David Morales no se consideraba afortunado.



En un rápido movimiento, se despegó del árbol, dio un paso hacia su izquierda, y se encontró frente a su atacante. Sus brazos apuntaron la pistola en dirección a este, y el dedo índice presionó el gatillo antes de que su cerebro pudiese siquiera procesarlo.

La bala impactó en el brazo de su adversario, y lo forzó a soltar el fusil. El sonido que produjo al golpear el suelo fue música para sus oídos, agobiados por el estresante estruendo de las balas que traían aparejados el miedo y la muerte. Ahora, había decidido dejar de esconderse. Inundado de euforia y riendo como un maniático, se echó a correr en dirección contraria a su enemigo, alejándose un paso a la vez del destino que había creído ineludible.

Con renovadas esperanzas, se permitió creer que quizá era más suertudo de lo que pensaba.

Una carcajada cuasimaniática emergió, incontenible, desde lo más más profundo de su ser, y, durante los próximos instantes, fue lo único que oyó. No escuchaba ya sus pasos, ni las ramas rompiéndose bajo sus pies, ni el grito iracundo del adversario, ni la lluvia de balas que disparó el fusil de asalto, una vez más en sus manos ensangrentadas. Lo distrajo, incluso, de la sensación de los proyectiles que atravesaban su tórax, del color rojo que teñía su visión, de la rigidez del piso sobre el que, como su compañero minutos antes, se desplomaba. Incluso desde el suelo, siguió riendo.

Su asesino no tardó en alcanzarlo, y la furia en su rostro confirmó lo que David ya sabía: con esa herida, el hombre ya

no tenía chance alguna de ganar. La certeza de que alguno de los sesenta y tres retadores vivos acabaría con el desgraciado potenció su regocijo, y su sonrisa no se torció hasta el momento mismo en el que una última balacera le puso fin a su corta corta vida.

* * *

Abrió los ojos y se encontró, nuevamente, frente al techo de madera de su cuarto. Sin quitarse el casco, consultó las estadísticas de la partida, y confirmó que su tiempo de juego había sido de solo siete minutos.

Una vida corta, efectivamente.

—Ey —llamó la voz de Mads, a través del audífono—, eso fue realmente patético.

—Viniendo de ti, no significa gran cosa —replicó David, e, incluso sin cámaras, pudo visualizar la sonrisa que, a cientos de metros de distancia, su amigo esbozaba—. ¿Dónde estuviste? ¿Me dejaste a mi suerte con Teo? Eso no se le hace ni a tu peor enemigo.

—¡Eh, que puedo oírlos! —los reprendió burlonamente Teo, el tercer chico.

—Moriste a los tres minutos y me dejaste solo con ese psicópata. ¡Me remató con una condenada ametralladora!

—Nada puedo hacer si el maldito aterriza justo junto a la caja. Tú, por lo menos, conseguiste un arma. Mi único plan fue ir a golpearlo con el pico, y ya ves cómo me fue.

—Cállense ya, parecen un viejo matrimonio —se quejó Mads, ganándose una risilla por parte de Teo.

—Oh, me halagas —bromeó Teo—, pero mi corazón ya tiene dueño.

—Como que sigas comiendo nachos, necesitarás uno nuevo. En fin, chicos, no es por cortar las buenas ondas, pero cenamos en media hora, y papá me mata si no bajo cuando me llame. ¿Quieren jugar esa triple que me vienen prometiendo desde el fin de semana pasado?

En vez de contestar, David se retiró de la llamada, abrió el menú de aplicaciones y volvió a ejecutar *Fort Brawl*, configurándolo, esta vez, en equipos de cuatro. El visor desplegó un mensaje advirtiéndole que estaba por activar el modo de inmersión, y cinco segundos después, el niño se encontraba nuevamente en la Isla de los Inicios, rodeado de decenas de otros jugadores, la mayoría en grupos de cuatro, que conversaban animadamente a la espera del comienzo de la contienda.

Juntar la punta de sus dedos y luego separarlos invocó el menú, desde el cual creó un grupo e invitó a participar a Mads y a Teo, que ya se encontraban conectados. Instantes después, los dos chicos aparecieron a su lado.

—No sería alocado buscar ayuda —sugirió Teo a sus amigos—. Somos tres enfrentando grupos de cuatro.

—No es mala idea, pero ya no hay tiempo —replicó David—. Además, siento que mi suerte empieza a cambiar.

—Quizá Laura está...

La alarma interrumpió la corta conversación, indicando a los presentes que el cupo de cien retadores se encontraba lleno y que el inicio de la batalla era inminente. En el horizonte, las nubes púrpuras comenzaban a avanzar, portadoras de la lluvia ácida que traía la muerte a cualquier jugador lo bastante desgraciado como para encontrarse fuera del siempre constringente Ojo de la Tormenta. David lo sabía bien, pues había sufrido ese destino muchas más veces de las que estaba dispuesto a admitir.

A pocos metros de distancia, las puertas del autobús se abrieron, y los presentes comenzaron a hacinarse en su interior. Para cuando se cerraron, dos minutos después, los cien jugadores se encontraban dentro. Se oyó un bocinazo e, inmediatamente, el quemador comenzó a inflar el globo que elevó el vehículo en el aire.

Incluso después de más de trescientas partidas, David no podía dejar de felicitar mentalmente al loco al que se le ocurrió la absurda idea de usar un colectivo volador para trasladar a los jugadores. Mads, por otro lado, estaba convencido de que el juego todo no era más que un plagio descarado, pero nunca supo referenciar la idea original.

En cuanto el agua dio lugar a la Isla de Batalla, las puertas del autobús se abrieron, y sus ocupantes comenzaron a saltar.

—¿Pueblo Tamarillo? —preguntó David, en voz baja, para no ser escuchado por terceros. Sus amigos asintieron, y los tres juntos saltaron del vehículo tras pasar el Socavón Sucio.

La caída era su parte preferida, pero también el motivo por el cual al juego le costaba ganar jugadores nuevos. El

salto era de dos mil setecientos metros de altura, lo que garantizaba alrededor de veinte segundos de caída libre antes de que se activase el paracaídas. Naturalmente, los chicos no tardaron en descubrir que podían ponerse en posición vertical, como saltando de cabeza hacia una piscina, para minimizar el roce con el aire y acelerar el descenso, lo que se traducía en unos cinco segundos menos para el aterrizaje. En la Isla de Batalla, cinco segundos hacían toda la diferencia.

Cuando los paracaídas se activaron, los tres maniobraron para caer en el centro de Pueblo Tamarillo. David alzó la vista justo a tiempo para contemplar cómo el autobús cruzaba el límite del Ojo de la Tormenta y se incendiaba con un jugador novato aún en su interior.

“Nada nuevo bajo el sol”, pensó, sonriendo para sus adentros.

Se separaron para rastrear el pueblo en busca de objetos. En la primera casa que visitó David consiguió, entre otras armas y municiones, una escopeta pesada dorada, la máxima categoría. Encontró también dos pociones de armadura, que consumió rápidamente, y así duplicó su resistencia total. Su suerte definitivamente estaba cambiando.

La alarma sonó otra vez: el Ojo de la Tormenta volvía a comprimirse y forzaba a los jugadores a competir en una arena cada vez más reducida o a perecer a manos de la lluvia ácida. Fue entonces cuando escuchó los gritos de Mads, y se dio cuenta de que las nubes violetas se movían velozmente en su dirección.

Salió de la casa y corrió como un condenado hacia el nuevo Ojo, cuya dirección el minimapa le indicaba. Sus compañeros le llevaban demasiada ventaja, y la tormenta avanzaba más rápido de lo que él podía correr, por lo que tuvo que soportar varios segundos bajo la lluvia antes de unírseles en el reducido perímetro seguro. Su vista, teñida de rojo, delataba la merma en sus puntos de vida.

—¿Alguno consiguió vendajes? —le preguntó a sus amigos.

—No —respondió Teo—, pero tengo armadura, si te sirve.

—Al tope, pero gracias.

—Oigan. —Llamó su atención Mads—. Reunamos materiales.

Estaban al descubierto en el medio del bosque; necesitarían refugio, más aún considerando las reducidas dimensiones del campo de batalla. El contador de jugadores indicaba que setenta y tres todavía vivían, todos limitados a un perímetro que era la mitad del original. Los tres activaron sus picos, y comenzaron a golpear árboles cercanos, obtenían su madera, pero cuidándose de no terminar de destruirlos: un árbol que desaparecía de la nada podría delatar su posición.

Teo pegó un alarido y corrió a esconderse detrás de un árbol. Entonces, se escuchó un disparo, y otro, y otro más. Desde algún lugar, un francotirador los atacaba y, muy probablemente, no estuviese solo. Por medio de los gestos correspondientes, David comenzó a hacer aparecer paredes con la madera que había recolectado, al tiempo que Mads generaba escaleras sobre las cuales podrían posicionarse para contraatacar